

COMENTARIOS a “¿*Miserables desvalidos o haraganes ociosos?* Pobreza y elites en el Buenos Aires virreinal.” de Lucas Rebagliati

MARÍA PAULA PAROLO

ISES – CONICET – UNT

Con la precisión y certeza que caracterizan su análisis, José Luis Moreno afirma en su última obra (“Un asilo para los pobres”) que la historia de los pobres (y, por ende, la de la pobreza) nos coloca en la disyuntiva de alcanzar la “áspera verdad” (expresión de Carlo Guinzburg) sin la cantidad y calidad de las fuentes con que cuenta la historia de las élites.⁴² Si bien aproximarse a dicha “áspera verdad” es (o debería ser) el desafío de todo historiador, cuando se trata de abordarla “desde abajo” (es decir desde la mirada y experiencia subjetiva de los actores subalternos) el desafío se redobla, ya que las fuentes constituyen un verdadero escollo por su carácter esquivo e indirecto, cuando no por su escasez o inexistencia. De este modo, los rastros de los “sin voz” sólo se encuentran de manera fragmentaria, segmentada y dispersa entre una multiplicidad de documentos en los que “se habla” de ellos, pero en los que casi nunca “hablan” ellos. Haber asumido el reto de analizar las estrategias que los pobres desplegaron para subsistir en el Buenos Aires tardo-colonial es, por lo tanto, el primer mérito del trabajo de Lucas Esteban Rebagliati.

A partir del análisis de más de 500 solicitudes de información de pobreza (que se requerían para poder litigar en juicios sin costas o para ser exceptuados de pagos) el autor delimita los factores que determinaban la inclusión o no de un individuo en la categoría de pobre. Así, reconoce que la carencia de bienes, vivir del trabajo personal, la enfermedad y la orfandad., entre otras, eran causales para declarar “pobre” a un individuo. Sin profundizar en el perfil social de estos pobres ni en las causas que llevaron a tal situación (analizadas por el autor en otros trabajos) el texto se sumerge en las estrategias desplegadas para salir de dicha condición. Los testimonios constituyen claros ejemplos de los múltiples itinerarios de vida posibles en pos de alcanzar (o recuperar) el equilibrio de subsistencia, tales como recurrir al mercado de trabajo, a las redes de solidaridad, a donaciones o excepciones de pago.

Seguramente las alternativas de subsistencia no se agotan en las que emanan de las declaratorias de pobreza. Estas fuentes captan sólo un segmento del universo de pobres y,

⁴² José Luis Moreno, *Un asilo para los pobres. Los mendigos y sus historias de vida (Buenos Aires a mediados del siglo XIX)*, Prohistoria ediciones, Rosario, 2012.

tal vez, el más “acomodado” de ellos. La intencionalidad con que se elaboró el documento determinó el tipo de información que exponía tanto el solicitante como los testigos. Es decir, para conseguir la carta de pobreza, era necesario mostrar un perfil que coincidiera con la idea de pobreza de las autoridades. De este modo, en las solicitudes se repetían ciertas fórmulas o rasgos comunes para que no quedasen dudas de que se trataba de “verdaderos” pobres. Se escapan, entonces, en este tipo de fuentes, otras vías posibles de subsistencia que no se podía (ni convenía) hacer públicas, pero que salen a la luz en otro tipo de documentación. En este sentido, los expedientes judiciales por robo ofrecen una multiplicidad de pistas sobre estas alternativas. El robo mismo era una de ellas, pero no el robo como “profesión”, es decir el “ladrón consuetudinario, vago y malentrenido” o el “salteador de caminos” que hacían del delito su forma de vida, sino aquél ladrón ocasional que sólo delinquía por “necesidad”. Recurrir a la caridad, la beneficencia o la limosna constituía otra forma de sortear la pobreza, así como la venta callejera de productos caseros. Indagar, entonces, en fuentes que no hablan directamente de la pobreza, permitiría rescatar vestigios sobre otros itinerarios de subsistencia seguidos por este segmento de la sociedad tan escurridizo como silencioso.

Además de intentar rastrear otras alternativas de subsistencia más allá de las que se aluden en las solicitudes de pobreza, sería conveniente colocar las experiencias subjetivas de estos actores en el contexto social y económico que enmarcaron dichas alternativas. Algunos datos sobre la composición social y la estructura económica y productiva de la ciudad de Buenos Aires durante los años bajo estudio (extensamente analizada por la historiografía), explicarían muchas de las opciones que se presentaban ante estos sujetos que, estructural o coyunturalmente, se encontraban por debajo de sus límites de subsistencia. Tanto las causas de haber traspasado ese límite como las posibilidades de superarlo, se encontraban íntimamente vinculadas a las condiciones y oportunidades económicas del lugar y el momento en el que vivieron, así como a la estructura y dinámica de las relaciones sociales en las que se hallaban insertos. Si bien en este caso la riqueza de la fuente analizada revela las vivencias individuales de la pobreza, queda en manos del historiador interpretarlo como fenómeno social. Incorporando al análisis las variables económicas y sociales que explican las opciones seguidas en cada una de las solicitudes examinadas, el estudio dejaría de ser un análisis de casos de pobreza, para convertirse en una Historia social de los pobres. En suma, sería conveniente profundizar los condicionamientos de la estructura económica, social, cultural, política y religiosa de la sociedad cuyos pobres (o pobreza) queremos analizar, detectar sus particularidades y develar las diferencias con las experiencias de pobreza de otras regiones (dentro del mismo virreinato o fuera de él).

La segunda parte del trabajo gira en torno de la mirada y las iniciativas de la élite sobre la pobreza. A partir de un rastreo de fuentes de diversa índole (fuentes periodísticas, escritos de época, expedientes judiciales) el autor rescata la percepción “desde arriba” del fenómeno de la pobreza que, como en la mayoría de las sociedades coloniales hispanoamericanas, tenía una doble mirada: por un lado la necesidad de ellos como mano de obra disciplinada y por otro como un flagelo del “orden natural” imposible de modificar, pero que debían mitigar con la caridad cristiana. Muy relacionada con esta ambigüedad, emanaba la dicotomía entre “falsos pobres” -asociados a los “vagos y malentrenidos”, perseguidos como delincuentes- y los “pobres verdaderos o de solemnidad” -dignos de la caridad y la beneficencia-.

Esta doble mirada podría ser aprovechada para analizar las iniciativas y medidas tanto de particulares como de las autoridades capitulares, destinadas a combatir alguna de las múltiples aristas que presentaba el problema de la presencia de los pobres en la ciudad virreinal. En este sentido, sería interesante rescatar aquellas “políticas sociales” orientadas a los pobres de solemnidad (como la Casa de niños expósitos, la vacunación y las escuelas gratuitas, el Hospicio de mendigos, etc.) y distinguirlas de las dirigidas a disciplinar y controlar a los “falsos pobres” sobre las cuales el texto ofrece pocos ejemplos.

En este segundo apartado del trabajo, también sería pertinente incorporar variables demográficas (natalidad, morbilidad, mortalidad, migraciones) y económicas (coyunturas de crecimiento o crisis) para explicar las causas que podrían haber impulsado a particulares o al mismo Estado virreinal a tomar determinadas iniciativas frente a la pobreza. Sin duda, el hambre y la enfermedad constituyeron situaciones graves que afectaban a grupos pobres y menesterosos, más o menos numerosos según la marcha de la economía y el crecimiento de la población. Según José Luis Moreno, para el caso de Buenos Aires, desde la segunda mitad del siglo XVIII ésta fue aumentando visiblemente a medida que se consolidaba la economía del puerto y su hinterland, por lo que esos fenómenos se fueron multiplicando.⁴³ Resulta significativo, entonces, que en una coyuntura de progreso económico y crecimiento demográfico, la pobreza y la mendicidad constituyeran parte importante del paisaje urbano de la capital del virreinato. Tal vez, indagar en las condiciones epidemiológicas y en las limitaciones de la medicina de entonces, permitan agregar un elemento más a la hora de explicar algunas medidas estatales (como la creación del Hospital San Martín de Buenos Aires entre 1665 y 1667 que terminó siendo ocupado por soldados y gente pobre; o la creación del Protomedicato en 1778 después de una epidemia de viruela) que buscaban mitigar los efectos de epidemias que castigaban periódicamente a los segmentos más vulnerables de la población.

Como afirmáramos al comienzo de estas páginas, hacer historia de la pobreza no es tarea sencilla. Las limitaciones de las fuentes y los escurridizos sujetos bajo estudio constituyen dos de los principales desafíos. Las preguntas iniciales, la selección de fuentes y las herramientas metodológicas utilizadas por Lucas Esteban Rebagliati dan cuenta de que es posible subsanarlos. Pero el mundo de la pobreza se despliega como un abanico de problemáticas que atraviesan no sólo a los pobres sino a la sociedad toda en la que vivieron, subsistieron y murieron los “desposeídos”. De allí que para explicar el fenómeno de la pobreza en cualquier tiempo o lugar del pasado, resulta imprescindible entrever los claroscuros de todo el entramado económico, social, político y cultural que la envolvió. Ésa es la tarea que aún queda por delante en esta prometedora investigación.

⁴³ José Luis Moreno, *La política social antes de la política social (Caridad, beneficencia y política social en Buenos Aires, siglos XVII a XX)*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2000.